

Guerra de imágenes, imágenes de guerra: cuatro eventos mediáticos de la guerra de Iraq

Martha Cabrera*

Profesora investigadora de la Facultad de Finanzas,
Gobierno y Relaciones Internacionales
de la Universidad Externado de Colombia.

Correo electrónico:
martiriocabrera@yahoo.com

INTRODUCCIÓN

Las imágenes, cuando no constituyen espejos (incluso deformantes) de la sociedad que los ha creado, suelen constituir espejos elocuentes de sus imaginarios, de sus deseos y aspiraciones, de sus ensueños reprimidos o prohibidos (Román Gubern).

El estable ambiente comunicacional, que caracterizara a la era bipolar, comenzaría a ser radicalmente alterado a partir de la década de los 80 con el ascenso de las nuevas tecnologías de la información (NIC) (Taylor, 2001). Posteriormente, en la década de los 90, el panorama de las comunicaciones sufriría nuevos cambios con la emergencia de organizaciones de medios transnacionales y los canales de noticias “24 horas”, así como con la aparición de

Internet, medios que facilitaron enormemente la circulación global de información (Ganley, 1992). De manera paralela, se sugería desde algunas posiciones teóricas que la reducción en los controles estatales de información tendría como resultado una esfera pública más plural (Deibert, 2000; Rothkopf, 1999; Volkmer, 1999). Los cambios de estas dos décadas enmarcan efectivamente un reposicionamiento de las prácticas de comunicación y de su utilización por parte tanto de los estados como de los medios de comunicación globales⁸⁴, con efectos evidentes en el caso de la transmisión de conflictos armados.

En ese sentido, desde fines de la década de los 80 y a lo largo de los noventa, la noción de que las intervenciones norteamericanas servían para salvaguardar la seguridad mun-

* Artículo recibido el 11 de julio de 2008. Aprobado el 16 de agosto de 2008.

⁸⁴ Los medios de comunicación “globales” son aquellos capaces de trascender los límites de los estados-nación y de las comunidades lingüísticas (Barker, 2000), aspectos que se deben complementar con el acceso a recursos y medios de producción necesarios para competir a escala global.

dial dominó la agenda informativa (Seib, 1997), reforzada en buena medida por el uso de imágenes televisivas suministradas por fuentes norteamericanas. Las acciones militares en Panamá (1989), Iraq (1991), Somalia (1992), Haití (1994), Sudán (1997) e Iraq (1998) se enmarcaban en el contexto narrativo de la visión norteamericana del mundo, como afirma Jonathan Mermin en su estudio sobre cubrimiento mediático en los 90: “el espectro del debate en Washington determinó el espectro del debate en las noticias” (1999, 143). El punto de quiebre sería, desde luego, la llamada “primera guerra” del Golfo (1991)⁸⁵, considerada como la primera guerra televisada (Cummings, 1992), transmitida además globalmente en forma continua y en “tiempo real”⁸⁶. El emergente Nuevo Orden Mundial requería una estrategia comunicacional para este conflicto “inaugural”. A partir de la percepción de que los medios de comunicación habían tenido un efecto negativo en el caso de la guerra de Vietnam (Barber & Weir, 2002), para la guerra del Golfo los militares instalaron una intrincada serie de reglas para restringir la información y el acceso a las zonas de com-

bate, ofreciendo además la versión oficial de los hechos a través de informes preparados para la prensa (91)⁸⁷. A partir de entonces, se refuerza la noción que la información y, por ende, las imágenes producidas en el terreno son “armas” de guerra situadas en el marco de un “complejo militar visual” que se sitúa en la “interfaz entre cultura digital y globalización” (Mirzoeff, 2005, 2).

A partir de los acontecimientos del 11 de septiembre, la premisa anterior no hace más que confirmarse; hay una clara conciencia en la decisión de atacar símbolos del poderío del nuevo hegemon y de los efectos espectaculares de su (reiterada) difusión mediática. En los conflictos que siguieron (Afganistán e Iraq) se repitió el esquema de control de medios (*media pools, embedding*) pero, a diferencia de la guerra del Golfo de 1991, los EE.UU., no tenían ya el monopolio de la información proveniente del campo de batalla. Habían ocurrido en el lapso entre las dos guerras del Golfo dos cambios significativos en el ambiente comunicacional: de una parte, los EE.UU., vencedores de la Guerra Fría no veían la necesidad de continuar los objetivos de su diplomacia pública⁸⁸, estado

⁸⁵ El término desconoce la guerra entre Irán e Iraq (1980-88), en la cual potencias occidentales como Francia y los EE.UU., armaron a Saddam Hussein en contra del líder de la revolución fundamentalista iraní de 1979, el Ayatollah Ruhollah Khomeini.

⁸⁶ Aunque hay evidencia acerca de esto último que sugiere lo contrario (Morrison, 1992).

⁸⁷ Sobre el tema de los mecanismos de control institucional empleados en la Guerra del Golfo (1991), véase también Taylor (2001; 1998).

⁸⁸ La diplomacia pública es un “proceso gubernamental de comunicación con públicos extranjeros en un intento por proveerles un entendimiento de las ideas e ideales de la nación, sus instituciones y culturas, así como sus objetivos nacionales y políticas” (Tuch, 1990, 3, traducción mía) y se lleva a cabo con la ayuda de los medios de comunicación, programas culturales y educativos. Desde cierto punto de vista, puede ser considerada como una forma de relaciones públicas a escala internacional que persigue dos objetivos últimos: crear apoyo para la política exterior y generar diálogo cultural (Wang & Chang, 2004). En suma, es el conjunto de esfuerzos de una nación por construir una imagen dentro del público de otra nación, lo que la sitúa cerca del término *propaganda*. Véase también Taylor (2001); Stevenson (1994).

de inercia del que emergería solo después de los eventos del 11 de septiembre⁸⁹. De otra, el panorama de las comunicaciones se había alterado sustancialmente por adelantos tecnológicos como los DBS (*Direct Broadcast Satellites*), disponibles en muchas regiones del mundo, incluido el mundo árabe (y particularmente la zona del golfo Pérsico, Ayish & Qassim, 1996), la emergencia de medios de comunicación regionales como Al-Jazeera (fundada en 1995) y Al-Arabiya (2003), gracias a una combinación de medidas como la liberalización política, la privatización y la modernización tecnológica en Medio Oriente (Ayish, 2001) y el despegue de nuevos medios como Internet. Esto revela un intrincado panorama de tensiones entre los ideales democráticos y la necesidad de asegurar apoyo público a la guerra en un contexto mediático muy complejo, poblado por múltiples fuentes de información con intenciones dispares.

La preocupación por el rol de la información en el panorama post S-11 es evidente: de una parte, hay un resurgimiento del debate sobre la necesidad de una diplomacia pública efectiva, destinada a conquistar “mentes y corazones” en el mundo islámico, y de otra, un intento por controlar la información que emerge del terreno mediante la incorporación (*embedding*) de alrededor de seis mil periodistas dentro de las tropas de la coalición.

Adicionalmente, hay un interés teórico por la comunicación política, en particular por las formas como se articulan aspectos políticos en los medios de comunicación. En este sentido, nociones como marco interpretativo (*media framing*) adquieren renovado interés⁹⁰. Los marcos interpretativos pueden definirse como un proceso de escogencia de determinados elementos para el ensamblaje de una narrativa que promueve una interpretación particular de los hechos; es decir, brindan una “idea central organizadora o una trama que le da significado a una serie de eventos, haciendo conexiones entre ellos” (Gamson & Modigliani, 1987, 143, traducción mía). Los marcos interpretativos incluyen, en consecuencia, tanto las herramientas retóricas de las elites políticas empleadas para avanzar sus ideas, así como reglas (no siempre articuladas de forma explícita) de selección, énfasis y presentación que rigen el oficio periodístico (Kinder, 2007, 155).

Para moldear eficientemente la interpretación y preferencias de la audiencia, los marcos interpretativos requieren de una preparación (*priming*), donde se introducen y enfatizan ciertas ideas, activando esquemas que animan a la audiencia a pensar, sentir y decidir de cierta manera (Gross & D’Ambrosio, 2004; Iyengar & Simon, 1993; Kim, Scheufele & Shanahan, 2002; Price, Tewksbury & Powers, 1997). La preparación contribuye además al proceso po-

⁸⁹ A pesar de numerosos campanazos de alerta: la explosión en el World Trade Center en 1993, las bombas en las embajadas en Tanzania y Kenia en 1998 y el ataque al USS *Cole* en 2000.

⁹⁰ El concepto de marco interpretativo no es exclusivo de la comunicación. Su origen está en los campos de la psicología cognitiva (Bartlett, 1932) y la antropología (Bateson, 1955) y sería adoptado posteriormente por disciplinas como la sociología, la economía, la lingüística y otras. Esto apunta a la amplitud del enfoque de marcos, cuyo objetivo, en última instancia, es identificar narrativas en la cultura que se incorporan posteriormente en narrativas mediáticas (Van Gorp, 2007).

lítico mediante la definición de agendas (*agenda setting*), que identifica problemas “dignos de atención” por parte tanto del público como del estado. La preparación (*priming*) es, en suma, el objetivo o efecto deseado de las actividades de enmarcado de los actores estratégicos (Entman, 2007, 164-165)⁹¹.

Si se tiene en cuenta el marco teórico planteado anteriormente, el presente ensayo explora una serie de “eventos mediáticos” ocurridos entre 2001 y 2004 en el marco de la guerra de Iraq en donde las imágenes (fijas y en movimiento) tuvieron un papel fundamental, bien sea en reforzar las narrativas mediáticas subyacentes en el discurso que justifica las acciones de guerra, o en su alteración radical. Por “eventos mediáticos” (*media events*), como lo definieran Daniel Dayan y Elihu Katz (1992) se entienden aquellas “ceremonias” o rituales (Cottle, 2006), considerados de relevancia histórica, emitidos por televisión. El concepto fue ampliado posteriormente para incluir también eventos disruptivos, imprevistos (Scannell, 1996)⁹² tales como guerras, desastres y acontecimientos terroríficos como el ataque a las Torres Gemelas, que inaugura la era de la “guerra contra el terrorismo” (Katz & Liebes, 2007).

IMAGEN Y GUERRA: ESPECTÁCULO, SIMULACIÓN Y EXCESO

Si bien se ha teorizado ampliamente sobre el carácter activo de las audiencias en la producción de significado (acompañada, por lo demás, de abundante evidencia empírica) y la emergencia de nuevos elementos en el ámbito de la imagen y la información como la digitalización, el ascenso de tecnologías como Internet y el creciente acceso de las audiencias globales a fuentes de información diversa, numerosos autores advierten ya no sobre la posibilidad de una lectura unidireccional de las imágenes, sino sobre el peligro de la *saturación* del sentido por exceso de imágenes, así como por la ruptura (cada vez más evidente) de la relación imagen-realidad.

Guy Debord describe en *La sociedad del espectáculo* (1967) como el orden social producido por la economía global de fines del siglo XX ejerce su influencia mediante el uso de la representación. En este sentido, para Debord, la noción de espectáculo es clave al implicar tanto un “instrumento de unificación”, como la producción de relaciones sociales a partir de imágenes (1995, I, 2,3)⁹³: “El espectáculo, si se buscan sus raíces, nace con la modernidad

⁹¹ Por ejemplo, un estudio sobre las primeras ocho horas de emisión televisiva del S-11 (Li et al., 2000) encontró los siguientes marcos: política, economía, crimen, medio ambiente, seguridad, interés humano, religión y desastre. Su análisis de contenido reveló que los marcos cambiaban en el tiempo durante distintas etapas del cubrimiento.

⁹² Un ejemplo: la transmisión de las Olimpiadas de Munich en 1972 corresponde perfectamente con las categorías del evento mediático, pero el secuestro y posterior asesinato del equipo israelí, evento tenso e imprevisto, calificaría igualmente en una versión ampliada de la categoría.

⁹³ *La sociedad del espectáculo* está compuesta por 121 tesis numeradas, divididas en 9 capítulos, pero carece de paginación; para efectos de citación, el primer número corresponde al capítulo y los subsiguientes indican la tesis.

urbana, con la necesidad de brindar unidad e identidad a las masas a través de la imposición de modelos culturales y funcionales a escala total” (Ferrer, 1995, 13). El espectáculo se refiere a la organización de la sociedad en torno al consumo de imágenes, mercancías y espectáculo; este último visto como el conjunto de fenómenos de la cultura mediática que encarnan los valores básicos de una sociedad, enmarcan a los individuos en una forma de vida determinada y dramatizan sus conflictos y las formas de resolverlos:

El espectáculo, como tendencia a *hacer ver*, a través de diferentes mediaciones especializadas, el mundo que ya no es directamente comprensible, suele encontrar en la vista el sentido humano privilegiado, como en otras épocas lo fue el tacto; el sentido más abstracto, el más mistificable, corresponde a la abstracción generalizada de la sociedad actual (Debord, I, 18, *itálica en el original*).

Recientemente, y en especial a partir de eventos como el S-11, la noción de espectáculo ha experimentado un renacimiento, expresado en posiciones como la del grupo RETORT:

En el nivel de la imagen, el Estado es vulnerable: y ese nivel es ahora parte, necesariamente, del aparato de auto reproducción del Estado. El terror puede tomarse la maquinaria de las imágenes por un momento... y... usarla para amplificar, reiterar, acumular la acción visible de la derrota (2004, 14).

La tesis de Debord habría de encontrar posteriormente una articulación más amplia en el trabajo de Jean Baudrillard, en particular en su concepto de simulacro. Para Baudrillard, el simulacro puede ser entendido como un conjunto de signos que construyen la realidad a partir de la saturación de imágenes⁹⁴. Estos signos, simulacros de lo real, sobrepasan la realidad misma y crean un mundo hiperreal, más real que lo real:

Mientras que la representación intenta absorber la simulación interpretándola como falsa representación, la simulación envuelve todo el edificio de la representación tomándolo como un simulacro. Las fases sucesivas de la imagen serían estas:

- es el reflejo de una realidad profunda,
- enmascara y desnaturaliza una realidad profunda,
- enmascara la ausencia de realidad profunda,
- no tiene nada que ver con ningún tipo de realidad, es ya su propio y puro simulacro (Baudrillard, 1978, 13-14).

Aplicando esta tesis a los medios de comunicación, Baudrillard afirma que la proliferación de signos e información disuelven el contenido, proceso que conduce al colapso del significado, pero también a la destrucción de las distinciones entre medios y realidad, hay efectos, pero no contenido. Así, en “La guerra del Golfo no tuvo lugar” (1991), Baudrillard asevera que las imágenes que caracterizan ese

⁹⁴ El modelo baudrillardiano, basado en la simulación y la persuasión se opone al esquema de poder disciplinario de Foucault como metáfora central del poder. A este respecto hay que considerar que sus nociones de disciplina y biopoder necesitan actualizarse para dar cuenta no solo de los fenómenos contemporáneos de supervisión y autocontrol, sino también del movimiento del ámbito disciplinario hacia el de la detención que caracteriza al mundo globalizado de la posguerra fría (Agamben, 1998; 2005).

conflicto (bombardeos nocturnos, la destrucción “sanitizada” de la infraestructura iraquí) habían terminado por suplantar a la guerra real. Las imágenes habían contribuido a construir la *narrativa* de una guerra, cuando lo que realmente estaba sucediendo era una serie de atrocidades articuladas narrativamente en los medios como una guerra. En contraste, el S-11 (un “evento absoluto” ocurrido tras una larga “huelga de acontecimientos”), implica un nuevo tipo de terrorismo que se apropia de elementos asociados a las sociedades occidentales (aviones, redes informáticas, medios de comunicación) para producir un espectáculo de terror en el cual la globalización y el capitalismo parecen ser asaltados por el “espíritu del terrorismo”⁹⁵.

La tesis de Baudrillard que vincula la pérdida de sentido a la cantidad de imágenes se acerca a la expuesta más recientemente por Andrew Hoskins, quien plantea en *Televising Wars* (2004) que las nuevas tecnologías, más que profundizar la comprensión de la guerra, conduce a una experiencia más superficial de los conflictos, plagada de recuerdos distorsionados. Para Hoskins, la televisión ofrece momentos pasajeros de manera continua, un perpetuo reemplazo de imágenes que dejan poco tiempo para la reflexión y que crean una “nueva memoria” de forma que “la significación del contenido de las noticias disminuye al aumentar la demanda por inmediatez”

(Hoskins, 2004, 47, traducción mía). De forma similar, Nicholas Mirzoeff afirma en *Watching Babylon: the War in Iraq and Global Visual Culture* (2005) que la invasión de Iraq (2003) ha producido más imágenes que cualquier otro período de la historia humana. Esto ha terminado en una saturación mediática que banaliza las imágenes y hace que la audiencia pierda el horizonte crítico, irónicamente, en un momento donde se ha facilitado enormemente la producción de imágenes y existe una clara conciencia que éstas pueden ser fácilmente manipuladas y alteradas.

Al estar la producción de imágenes ligada a los valores éticos, estéticos y epistemológicos de la cultura moderna, innovaciones técnicas como la invención de la fotografía vincularon la imagen a lo documental por su carácter mimético e indicial. La imagen digital, en contraste, no depende de un registro óptico; en otras palabras, si bien la fotografía análoga había garantizado el acceso a la verdad objetiva, la digital produjo un retorno a la incertidumbre (González, 2005, 122). Esta distancia entre imagen y realidad es precisamente la ironía que ha dominado el universo de la imagen en los medios masivos en la última década (Mirzoeff, 69–70).

En el contexto de guerra, la imagen adquiere una nueva función: la de articular narrativas, lo que, en últimas, puede hacerla coincidir con el propósito último de la propaganda:

⁹⁵ El asalto a la globalización tiene que ver con su carácter aparentemente irreversible y represivo, presentada como “la globalización del estado policial, el control total, el terror basado en medidas para ‘la ley y el orden’” (Baudrillard, 2002, 32, traducción mía).

“beneficiar a quien la origina” (Taylor, 2001, 105)⁹⁶. La manera como se articula efectivamente una narrativa que respalde la guerra es a partir del desarrollo de determinados marcos de interpretación, como el patriotismo, la defensa de los valores nacionales, la lucha entre el bien y el mal. El problema de estos esquemas es que son extremadamente simplificadores y están lejos de reflejar la complejidad de las situaciones: en términos generales no hay un contexto que ayude a comprender las raíces de los conflictos o sus desarrollos futuros. En palabras de Dayan y Katz, “donde los historiadores académicos ven los eventos como proyecciones de tendencias subyacentes, los periodistas prefieren una historia estroboscópica que dispara eventos dramáticos y fuera de pantalla” (1992, 22, traducción mía).

Esto, sin embargo, no es obstáculo para que el carácter espectacular de las imágenes articuladas de manera paralela a los propósitos de la propaganda no sea reversado, como propone de forma no exenta de optimismo el analista Douglas Kellner en *Media Spectacle* (2003)⁹⁷. Para Kellner, la sociedad del espectáculo teorizada por Debord se ha expandido a todas las áreas de la vida social, que han sido permeadas por la lógica del espectáculo: el cine está lleno de superproducciones y los canales de televisión, así como las estaciones radiales proliferan

con programación 24 horas distribuidas en todos los nichos comerciales concebibles. Esta cultura mediática produce incesantemente todo tipo de espectáculos y “eventos mediáticos” y constituye una gigantesca “economía del entretenimiento” (Wolf, 1999).

Sin embargo, en esta intersección entre los ámbitos económico, social, político y de la vida cotidiana mediante nuevas formas culturales, relaciones sociales y formas de experiencia, el flujo de las imágenes no puede ser totalmente controlado, así que en un contexto de guerra, las narrativas ligadas al despliegue triunfal del poderío militar de los EE.UU., bien pueden tornarse en su contrario: un espectáculo de arrogancia, brutalidad y delito y debilitar el poder de argumentos justificativos de la guerra (la “doctrina Bush”, la “guerra preventiva”, etcétera). Kellner apunta correctamente al carácter impredecible de los espectáculos mediáticos y le atribuye un papel importante a la circulación de imágenes tan poco planeadas como las que documentan las torturas inflingidas a los prisioneros iraquíes por parte de tropas norteamericanas en la prisión de Abu Ghraib en interrogar los límites del poder y de lo permisible y, eventualmente, tener efecto sobre las instituciones internacionales que salvaguardan los derechos humanos.

⁹⁶ *Propaganda* (y términos derivados y variantes conexos entre sí como “diplomacia pública”, “guerra/operación psicológica”, “guerra/operación de información”) aluden, en la definición de Taylor, a un “proceso de persuasión diseñado para beneficiar a quien la origina” (Taylor, 105).

⁹⁷ Kellner se apoya en la producción teórica de la Escuela de Frankfurt, en particular en el trabajo de Theodor Adorno y Max Horkheimer (1947) acerca de los rasgos de la Ilustración que se reversan y terminan, convirtiéndose en su opuesto, así como en Walter Benjamin y su noción del potencial “revolucionario” de las imágenes (1969).

LA CAÍDA DE BAGDAD (ABRIL 2003)

“They got it down!” (George W. Bush, abril 9)

Al cabo de tres semanas de iniciada la invasión, las fuerzas norteamericanas entraron en Bagdad y dos días después, el 9 de abril de 2003, aseguraban su posición con la toma de las oficinas de gobierno. Mientras tanto, los saqueos comenzaban y un Hussein desafiante hacía una pequeña aparición pública en un distrito del norte de la ciudad, la cual sería transmitida días después por la cadena Al-Arabiya. La pugna por el control de la ciudad había comenzado y la estrategia militar se combinaba con una mediática, donde la representación visual de “la caída de Bagdad” se fundamentará sobre dos imágenes (o series de imágenes): la muy celebrada imagen del derribo de una estatua de Saddam Hussein y la espectacular aparición de Bush en la cubierta de un portaaviones, las cuales se discuten en lo que sigue.

En efecto, en medio de un confuso panorama existente a la llegada de las tropas de la coalición a Bagdad (que iba desde celebraciones hasta combates en algunas zonas de la ciudad), el incidente de la plaza Firdos ocupa un lugar especial, icónico en la memoria pública de la guerra, así como en su economía visual. El 9 de abril de 2003, fecha de la caída de la ciudad, una gigantesca estatua de Saddam Hussein (frente al Hotel Palestina, donde se acuartelaban los periodistas extranjeros) fue derribada por un tanque norteamericano

(tras los intentos infructuosos de un grupo de civiles iraquíes). Durante el incidente, el cabo Edward Chin colocó brevemente una bandera norteamericana sobre la estatua, la cual fue rápidamente remplazada con la bandera iraquí vigente antes de 1991. Posteriormente, la estatua fue decapitada, arrastrada y pateada a lo largo de las calles. El “evento mediático” se mostró en vivo en numerosas cadenas de cable y apareció en las portadas de revistas y primeras planas de periódicos en todo el mundo.

Mientras algunos medios occidentales como BBC y CNN celebraban este símbolo de la caída de Bagdad como un “hecho histórico” equiparable al fin de la dictadura y el advenimiento de la libertad, otros (*Boston Globe*, *Independent*) fueron mucho más escépticos (Hammond, 2003, 29). El *New York Times*, por ejemplo (que exhibía en primera plana cuatro fotos de la caída de la estatua), ejerció prudencia al advertir que si bien Bagdad había cedido de forma relativamente fácil, las labores de estabilización era cruciales para el país; mientras el *Times* (Inglaterra) se apresuraba a hablar de “victoria” (Ravi, 2005, 54-55). En el mundo árabe, de otra parte, los sentimientos eran más de desconcierto que de júbilo, al ser Bagdad una ciudad de considerable resonancia histórica para iraquíes, musulmanes y árabes como antigua capital del califato. En ese sentido, medios árabes como Al Arabiya, Abu Dhabi Channel y particularmente Al Jazeera, veían el evento más como un episodio de derrota y humillación (Zayani & Ayish, 2006, 475)⁹⁸.

⁹⁸ Sentimiento que también registró la cadena Fox.

El colofón sería el discurso del presidente Bush del 1 de mayo, en cual se anunciaba el fin de las operaciones de guerra, evento para el cual co-piloteó un avión y saltó posteriormente a la cubierta del portaaviones USS *Abraham Lincoln* ataviado con un traje de piloto, posando casco en mano para las cámaras de televisión que le esperaban. Bush, construido visual y narrativamente como un líder fuerte y dinámico (no muy distinto al héroe hollywoodense de *Top Gun*), haría referencia en su discurso precisamente al papel de las imágenes en el contexto del fin de las operaciones: “en las imágenes de las estatuas que caen, atestiguamos la llegada de una nueva era” y “en las imágenes de los iraquíes celebrantes hemos visto también la atracción por la libertad” (Hammond, 25, traducción mía). El espectáculo de abordaje, que debió ser ensayado cuidadosamente de antemano (y retrasó el retorno del barco), habría de costar alrededor de una millón de dólares (Hammond, 24-25).

La importancia que se le ha otorgado a la estrategia mediática en la guerra de Iraq es evidente en episodios como el de la plaza Firdos. En primer lugar, la imagen del derribo de una estatua funciona al menos parcialmente por su poder de evocar series de episodios históricos codificados como revueltas populares en contra de regímenes autoritarios: Hungría en 1956, Europa Oriental a partir de 1989. Adicionalmente, el evento actúa en la memoria: los sím-

bolos del régimen de Hussein se remplazan con unos nuevos, los del “Iraq libre”, en un intento por crear una nueva economía simbólica de la victoria que remplace a la anterior en la operación llamada *damnatio memoriae*, que pretende borrar de la memoria pública cualquier rastro visible del orden anterior.

En los días siguientes al derribo de la estatua, se comenzó a interrogar la veracidad y particularmente, la espontaneidad del evento. La masiva asistencia de la que se habló en un principio en ciertos medios fue desmentida con ayuda de una serie de imágenes de la agencia Reuters, cuyas tomas realizadas a distancia, contrastan con las tomas desde ángulos más cerrados que circularon en un primer momento. Estas imágenes muestran una plaza (convenientemente situada frente al hotel que aloja a los periodistas extranjeros) circundada por vehículos militares estadounidenses donde no parece haber más de cien personas, aunque la BBC sugiere que hubo menos y un comentarista apunta en broma que al parecer había más periodistas que iraquíes “celebrando” (Knightley, 2003, 13). Así, lo que se suponía era una muestra espontáneo del júbilo provocado por la liberación, se descubrió gradualmente como una operación psicológica (*psyops*) basada en una cuidadosa puesta en escena⁹⁹.

Las dudas sobre lo que sucedió realmente se reiterarían con la acusación al periódico británico *Evening Standard* de haber alterado

⁹⁹ Las operaciones psicológicas, implementadas en muchos conflictos internacionales desde primera guerra mundial, se definen como: “operaciones planeadas para brindar información selecta e indicadores a audiencias extranjeras con el fin de influenciar sus emociones, motivos, razonamiento objetivo y, finalmente, el comportamiento de gobiernos extranjeros, organizaciones, grupos e individuos. El propósito de las operaciones psicológicas es inducir o reforzar actitudes y comportamientos para que sean favorables a los objetivos del emisor” (Air Force, 1991, 1, traducción mía).

digitalmente la fotografía que aparece en su portada del 9 de abril de 2003 (una toma de video del programa News 24 de BBC)¹⁰⁰ para hacer ver la multitud que está en la plaza considerablemente más grande¹⁰¹. A pesar del carácter supuestamente popular y extendido del evento, el grupo de la plaza es más bien homogéneo, compuesto de hombres jóvenes y no se ve que nadie se les una durante la duración de los acontecimientos. Algunos autores afirmarán posteriormente que se trata de un grupo de miembros del Congreso Nacional Iraquí, respaldado por los EE.UU., (Knightley, 2003; Kellner, 2004; Zayani & Ayish, 2006). Ante la imposibilidad de derribar la gigantesca estatua, los soldados optaron por amarrarla con un cable a uno de los tanques para poder tirarla, pero en un “desliz semiótico” (Kellner, 2004, 335) el cabo Chin pone la bandera norteamericana sobre la cabeza de bronce de Hussein, dándole a la audiencia una imagen inolvidable de la ocupación norteamericana. A propósito de este hecho, un comentarista de Al Arabiya afirmó que debería haber sido una bandera iraquí, sentimiento que se reiteraría días después, al ondear de nuevo la bandera en Umm Qasr; símbolo equívoco que equivale no a liberación, sino a ocupación. Para cuando las tropas norteamericanas se dieron cuenta de su error y lo enmendaron, era demasiado tarde (Zayani & Ayish, p. 492).

Los eventos de la plaza Firdos querían ser un símbolo positivo en un momento en el que el caos y los saqueos se extendían (Kellner, 335). El saqueo del Museo Nacional, del Archivo Nacional y del Ministerio de Asuntos Religiosos y la destrucción de muchos de los valiosos artefactos que contenían creó, en contraste, imágenes negativas. En este sentido, el evento mediático, contrapuesto a uno de signo contrario, es neutralizado: a las imágenes del júbilo de la “liberación” siguieron imágenes de caos y anarquía. Adicionalmente, la presencia de múltiples fuentes y foros de discusión electrónicos contribuyó, en buena medida, a evaluar la veracidad de las fuentes y a la comprensión de los eventos como una instancia de propaganda.

El incidente de la estatua se instala paralelo a los marcos de interpretación con los que se construye el evento mediático más general de la “caída de Bagdad”, en los cuales la complejidad de los hechos se reduce a la perspectiva de que los iraquíes están con Hussein o en su contra, sin ninguna posibilidad de posiciones intermedias o sin profundizar en el rol de gremios como el científico, el médico o el religioso; todo se reduce al accionar de “una masa”. De forma similar, todo contexto desaparece bajo el peso de la inmediatez; no hay un análisis, por ejemplo, de lo que implicaba la caída de Bagdad para la región. Prevalece la narrativa

¹⁰⁰ La fotografía, el análisis de la alteración realizada y las cartas dirigidas al periódico acerca de la manipulación están disponibles en: <http://www.thememoryhole.org/media/evening-standard-crowd.htm> (consultado 6/26/07).

¹⁰¹ Un caso similar sacudiría a *Los Angeles Times*, en el cual dos imágenes se combinaron digitalmente en una sola fotografía que muestra a un soldado británico haciendo un gesto tranquilizador a un grupo de civiles iraquíes bajo fuego (incluido un hombre con un niño en brazos). La impactante imagen llegó a la primera plana, pero el engaño se descubrió y el fotógrafo, Brian Walski (que admitió posteriormente haber realizado la alteración), fue despedido.

del derrocamiento (justificado) de un dictador despiadado. En conexión con lo anterior, la “caída de Bagdad” parece reducirse a la caída de la estatua, a la simple invisibilización de símbolos de la era Hussein. La caída de un sistema y la emergencia de otro es remplazada por imágenes de la estatua y de los saqueos en la memoria de las audiencias (Zayani & Ayish, 488), haciendo que de esta forma el evento adquiera prelación sobre la noticia.

ABU GHRAIB (ABRIL, 2004)

”It’s not a pretty picture” (Donald Rumsfeld)

En su edición del 28 de abril de 2004, el programa *Sixty Minutes* II (CBS), emitía una colección de fotografías digitales que habían circulado en el seno del ejército norteamericano durante meses antes de su exposición pública en la televisión¹⁰². Las imágenes, tomadas por los propios participantes, eran una extraña mezcla de pornografía, *souvenir* turístico y fotografía de vigilancia como las empleadas en prisiones y hospitales. En éstas, se presentaba abundante evidencia de tortura física y psicológica por parte de soldados norteamericanos,

a instancias de sus comandantes, a prisioneros iraquíes en la prisión de Abu Ghraib¹⁰³.

A este programa le siguió el artículo del periódico *New Yorker* “Torture at Abu Ghraib” (edición en línea, 30 de abril; edición impresa, 10 de mayo), donde el reportero Seymour Hersh (2004, en línea) exploraba los abusos cometidos empleando como fuente el llamado Reporte Taguba (2004)¹⁰⁴, documento secreto que investigaba casos sucedidos entre octubre y diciembre de 2003. En éste, se especificaban numerosos incidentes de “abusos criminales sádicos, evidentes y crueles” (Reporte Taguba 2004, 16) comprobados a partir de testimonios, así como de las numerosas fotografías y videos que los documentaron.

El comunicado no. 458-04 del 15 de mayo del Departamento de Defensa, emitido en respuesta al artículo de Hersh, establecía que éste se basaba en tan solo una fuente anónima que hacía “aserciones dramáticamente falsas”, refiriéndose a la existencia de un programa rutinario de tortura (en línea). Hersh, sin embargo, insistió en un artículo posterior, “The Grey Zone” (2004a, en línea) que las torturas no constituían hechos aislados, sino que eran parte de un esquema de inteligencia conocido con

¹⁰² Antes de salir en televisión, las imágenes, convertidas a archivos JPEG, circulaban entre amigos y familiares de los soldados vía Internet (Caton, 2006, 119).

¹⁰³ Militares británicos resultaron también implicados en los maltratos a los prisioneros en reportes de Cruz Roja Internacional y Amnistía Internacional. El periódico *Daily Mirror* del 1 de mayo publicó dos fotos como prueba, las cuales resultaron ser falsas y le valieron el empleo al editor, Piers Morgan.

¹⁰⁴ El reservista Joseph Darby envió una copia de las fotografías a la División de Investigación Criminal del Ejército el 13 de enero de 2004. El secretario de defensa Donald Rumsfeld fue informado y se le ordenó al general Ricardo Sánchez, encargar a su vez al mayor general Antonio Taguba la elaboración de una investigación sobre el supuesto abuso de prisioneros por parte de miembros de la 800 Brigada de la Policía Militar en Abu Ghraib.

diferentes nombres, entre esos con el de *Copper Green*, en el cual se estimulaba el empleo de la coerción física y la humillación sexual de los prisioneros en un esfuerzo por controlar la creciente insurgencia en el país¹⁰⁵.

Mientras el escándalo aumentaba en medio de acusaciones y declaraciones oficiales, el público norteamericano reaccionaba con estupor – la tortura no es una actividad que éste asocie normalmente con los EE.UU. en general o con una democracia en particular: El gobierno, por su parte, se esforzaba por aislar a los perpetradores, calificándolos como elementos fuera de lo común y poco representativos, sugiriendo así que no existe una práctica sistemática de la tortura por parte del gobierno de los EE.UU. (HRW, 2004, 1). El presidente Bush condenó los actos y afirmó que no son indicativos de prácticas normales o aceptables dentro del ejército. Sobre las fotografías afirmarían que eran el resultado de “una vergonzosa conducta por parte de unos pocos soldados norteamericanos que deshonran nuestro país y desconocen nuestros valores” (citado en Henderson, 2005, 197, traducción mía). Donald Rumsfeld, secretario de defensa, evitó a lo largo de todo el incidente el simple uso de la palabra “tortura”, al punto que en foros oficiales, así como en los medios de comunicación empezó gradualmente a emplearse en su lugar el eufemismo “abuso” (Henderson, 181). Informes oficiales de misiones de investigación acerca de los eventos de

Abu Ghraib intentaban, de igual forma, reducir el impacto al responsabilizar a un pequeño grupo de individuos. El informe Jones/Fay (agosto, 2004) habla de un “pequeño grupo de civiles y militares moralmente corruptos” (Jones & Fay, 2004, 2, traducción mía)¹⁰⁶. El informe Schlesinger, encargado por la Secretaría de Defensa a un panel independiente encabezado por el ex-secretario de Defensa James Schlesinger (1973-75), explica por su parte los hechos afirmando que:

...algunos individuos emplearon la oportunidad que brindaba este entorno para descargar impulsos sádicos latentes. Más aún, muchos profesionales bien intencionados, procurando resolver el conflicto moral inherente entre usar técnicas severas para obtener información para salvar vidas y tratar a los detenidos de forma humana, se encontraron en terreno ético desconocido... (Schlesinger, 2004, 29, traducción mía).

La posición radical conservadora, como la que representa el senador James Inhofe (R. Oklahoma), miembro del Comité de Servicios Armados del Senado iría mucho más lejos, convirtiendo a las víctimas en victimarios en un intento por restarle importancia al incidente. Inhofe tildó públicamente a los iraquíes abusados de “asesinos, terroristas, insurgentes... muchos de los cuales posiblemente tienen sangre norteamericana en las manos” (CNN, en línea, traducción mía).

¹⁰⁵ Hersh recogió los temas de estos artículos en un libro: *Chain of Command: The Road from 9/11 to Abu Ghraib* (2004).

¹⁰⁶ El documento no está paginado, pero en la tabla de contenidos consta que el Informe Ejecutivo, de donde proviene la cita, va de las páginas 1-5; la cita estaría en lo que sería la página 2.

En el mundo árabe, en foros académicos y próximos a los derechos humanos, tanto dentro como fuera de los EE.UU., las pruebas de que la tortura (representadas por las fotografías) es una práctica empleada regularmente por los EE.UU. no causaron sorpresa, al ser un elemento característico de una forma de política que tiene ejemplos no solo en Iraq o Palestina, sino también en Afganistán y Guantánamo, así como en otros “sitios negros” (*black sites*)¹⁰⁷ alrededor de todo el mundo (HRW, 2004; Greenberg & Dratel, 2005). La justificación proviene del marco de la “guerra contra el terrorismo” y la protección de la seguridad nacional, razón por la cual el Pentágono y el Departamento de Justicia desarrollaron un argumento de excepcionalidad en cuanto a la práctica de la tortura –a contrapelo de la Convención de Ginebra de 1949– (Strauss 2004, 12-16; HRW, 1-2).

Las palabras del jefe del Comando Central (2003-2007), general John Abizaid parecen resumir los argumentos que apuntalan no solo el uso de la tortura, sino las dinámicas del mencionado marco narrativo de la “guerra contra el terrorismo”:

Nuestros enemigos están en una posición única, y son una especie única de extremistas ideológicos... matan sin remordimiento y desafían nuestra voluntad mediante una cuidadosa manipulación de propaganda e información, buscan refugios para desarrollar *armas de destrucción masiva* y las usarán en contra nuestra cuando estén listas. Sus objetivos no son Kabul y Bagdad, sino lugares como *Madrid, Londres y Nueva York*. Aunque no podemos vencerlos militarmente, *no vamos a ganar esto en el plano militar solamente...* mientras luchamos *la guerra menos convencional de este nuevo siglo*, debemos ser pacientes y valientes (en Schlesinger, 28, traducción mía, énfasis mío).

El documento que definió esta política – la política “anti-incertidumbre” (Rudy 2007, 40)–, *National Security Strategy of the United States* (2002), se enfoca en primera instancia en la prevención (*preemption*) como ejercicio del derecho a la defensa propia. Ya que anticipar una guerra como “justa” es un ejercicio difícil, la estrategia enfatiza en que esta “guerra contra el terrorismo” es distinta a cualquier otra en la historia, razón por la cual los principios de la guerra justa deben ser revisados (o ignorados)¹⁰⁸. El asunto de las armas de des-

¹⁰⁷ Los “sitios negros” son locaciones cuya existencia o propósito es negado oficialmente por el gobierno de los EE.UU. Más recientemente, el término se ha convertido prácticamente en sinónimo de prisión secreta fuera del territorio de los EE.UU. y de la jurisdicción legal internacional. En 2001, se reportaron oficialmente 89 prisiones militares, 59 en los EE.UU. y 30 fuera (incluyendo 16 en Iraq y 1 en Afganistán), y se omitió un número desconocido de prisiones secretas, así como el número de bases en países extranjeros con instalaciones donde se podrían detener prisioneros, que se calculan en alrededor de 1000 (Gordon, 2006, 43).

¹⁰⁸ Una guerra “justa”, según el texto clásico de Michael Waltzer, es aquella construida como defensa propia tras un ataque, en respuesta a la amenaza de ataque inminente, o en el caso de una guerra donde se auxilia a la víctima de un ataque de un tercero. Adicionalmente, una guerra justa debe tener justa causa, y ser llevada a cabo por una autoridad justa, de manera proporcional a la amenaza u como último recurso (Flint & Falah, 2004, 1384).

trucción masiva sirve en la construcción de la doctrina de la guerra preventiva, pero añade el problema de la extraterritorialidad al panorama. En este punto, el tema de los derechos humanos aparece como una forma de definir la responsabilidad de los EE.UU. y su derecho a actuar extraterritorialmente. Adicionalmente, la construcción orientalista (Said, 1979) que muestra a las sociedades árabes como deshumanizadas hace que la muerte o el maltrato sean menos problemáticas en términos morales y justifica, de hecho, la imposición de otro tipo de moral (Flint & Falah, 1389) – y la política norteamericana es “moral, y por lo tanto obligatoria, universal y sacrificial” (Rudy, 40, traducción mía).

Desde ese punto de vista, los primeros detenidos en llegar a Guantánamo (enero 11, 2002) entran en el limbo legal propio de la “guerra contra el terrorismo”, clasificados no como prisioneros de guerra, sino como “combatientes por fuera de la ley”, es decir, sin

derechos bajo la Convención de Ginebra¹⁰⁹. A partir de la caída del gobierno talibán en Afganistán, EE.UU. ha empleado centros de detención en ese país y se han registrado numerosas denuncias sobre los sistemas de interrogación empleados, entre éstos, desnudar a los detenidos y tomarles fotos (HRW, 20). En Iraq, aunque la administración reconoce que la Convención es aplicable, en agosto de 2003 se evaluaron las estrategias aplicadas a los esfuerzos de interrogación y se decidió “crear condiciones favorables” para la obtención de información (HRW, 32). En suma, pareciera que Guantánamo¹¹⁰, Afganistán e Iraq son instancias de las dinámicas extremas de la securitización global¹¹¹, cuyos efectos últimos serán evidenciados en las fotografías de Abu Ghraib¹¹².

Las fotografías, por sí mismas, son incapaces de revelar alguna verdad, necesitan de un contexto que las haga inteligibles, como lo plantea Henry Giroux:

¹⁰⁹ Es interesante observar la correspondencia que hay entre estos eventos y la teorización de Giorgio Agamben sobre el *poder soberano*: “el soberano es el punto de indistinción entre la violencia y la ley, es el umbral donde la violencia se torna ley y la ley se torna violencia” (1998, 30, traducción mía). Así, los presos de la “guerra contra el terrorismo” entran en la categoría de *homo sacer* (quien se puede *matar*, no *sacrificar*), figura estrechamente ligada a la ambigüedad de la soberanía.

¹¹⁰ A partir de las fotografías de Abu Ghraib, algunos antiguos detenidos de Guantánamo han insistido en que la práctica de fotografiar a los detenidos existe también allí (HRW, 19).

¹¹¹ La guerra contra el terrorismo es un aspecto de las dinámicas de la securitización global, la cual requiere de la producción de poblaciones cautivas en el largo plazo, así como de complejos carcerales para refugiados, solicitantes de asilo y pobres, como lo que existen en lugares como Israel, Europa Occidental, Australia, Sudáfrica o Rusia, entre otros. (Avery, 54).

¹¹² El 15 de febrero de 2006, dos años después de las primeras denuncias públicas, una nueva serie de fotografías y videos fueron transmitida en el programa *Dateline*, de la cadena australiana *Special Broadcasting Services* (SBS). “Abu Ghraib II” se caracteriza por presentar algunos de los prisioneros y soldados de la primera serie, pero se distingue por ser de carácter más gráfico. Además de presentar imágenes de tortura (prisioneros forzados a realizar actos sexuales, cubiertos de heces), prisioneros (vivos y muertos) exhibiendo todo tipo de heridas, golpes, cortes, etc. Esta emisión de *Dateline* puede ser consultada en línea en los archivos del programa: <http://news.sbs.com.au/dateline/index.php?page=archive&daysum=2006-02-15>

Fotografías como las que revelaron los horrores que sucedían en la prisión Abu Ghraib no tienen un significado garantizado, sino que existen dentro de un complejo de mediaciones cambiantes que son de naturaleza material, histórica, social, ideológica y psicológica. Esto no quiere sugerir que las fotografías no capturan un aspecto de la realidad, sino más bien que aquello que capturan solo puede entenderse como parte de un compromiso más amplio con la cultura política y su intersección con varias dinámicas de poder... Las representaciones privilegian a quienes tienen algún control sobre la auto representación y se encuentran enmarcadas dentro de formas dominantes de inteligibilidad (2004, 8, traducción mía).

De esta forma, el análisis de las fotografías de Abu Ghraib reclama contextos temporales y culturales. En cuanto a los primeros, varios autores (particularmente historiadores) expanden su análisis más allá del marco temporal de la “guerra contra el terrorismo” y su evento fundacional, el S-11 (Strange, 2006). Dentro de esta lógica, autores como Warren Steele (2006), Carolyn Strange (2006), Benjamin Whitmer (2006) y Gordon Avery (2006) trazan, por ejemplo, vínculos más profundos con prácticas aceptadas en el sistema penal norteamericano, punto que algunos comentaristas afroamericanos reiteraron al saberse que algunos miembros del personal de Abu Ghraib tenían también experiencia como guardias de prisión (Caton, 120). Susan Sontag, por su parte, se refiere más bien al sistema del racismo y establece similitudes entre las fotografías de Abu Ghraib y las de linchamientos de negros en el siglo XIX y a

principios del XX (que circularon en la esfera pública en fotografías y tarjetas postales)¹¹³. En la posición de estos autores, hay continuidades culturales en el sentido de la producción de un otro inferior cuya inferioridad misma justifica las acciones.

Dora Apel (2005), por su parte, resalta igualmente las similitudes entre las fotografías y tarjetas postales de linchamientos (en particular la humillación de la víctima y la gratificación erótica del victimario así como la reafirmación de su superioridad de raza y/o género, 89-90). Afirma, sin embargo, que las torturas en Iraq no están enmarcadas en fenómenos como los linchamientos, enraizados más bien en una historia de racismo, sino que provienen de una narrativa orientalista y de eventos históricos más recientes como el conflicto árabe-israelí, el ascenso del fenómeno del fundamentalismo a partir de 1979, así como de los efectos de la guerra del Golfo de 1991, que han demonizado a los árabes y al Islam.

Edward Said definió orientalismo como “un estilo de pensamiento”, predicado sobre la distinción entre Oriente y Occidente, en el cual el primero es tanto un espacio material, como una construcción y cuyo propósito es darle coherencia a la imagen de Occidente al servirle como “idea, personalidad, experiencia contrastante” (2). Específicamente, el orientalismo busca identificar a Occidente con la civilización al codificar a Oriente como “bárbaro”, dicotomía paralela a la de género: el orientalismo “colapsa lo no europeo y a la

¹¹³ Es posible que esta posición haya sido reforzada el impacto de la exposición de la colección de fotografía *Without Sanctuary: Lynching Photography in America* (2000). Tras los eventos de Abu Ghraib, se organizó, de forma similar, la exposición *Inconvenient Evidence: Iraqi Prison Photographs from Abu Ghraib* (2004, International Center for Photography, Nueva York; Andy Warhol Museum, Pittsburgh).

mujer en un campo indiferenciado” (Volpp, 2003, 153). De allí que las torturas se basaran en la *humillación* y la *feminización* de los detenidos.

Hersh reporta, por ejemplo, sobre el uso del libro *The Arab Mind* (1973), del antropólogo cultural Raphael Patai, como fuente documental para las torturas. En éste se afirma, entre otras cosas, que los árabes son particularmente sensibles a la humillación y la vergüenza:

...el libro incluye un capítulo de 25 páginas sobre los árabes y el sexo, mostrando el sexo como un tabú cubierto de vergüenza y represión...La actividad homosexual o “cualquier indicación de inclinaciones homosexuales, así como con las demás expresiones de sexualidad, no recibe publicidad alguna. Son asuntos privados y deben permanecer en privado” (Hersh, 2004a, en línea, traducción mía).

Esto está en consonancia con lo expresado por Said: en nociones orientalistas de la sexualidad el “Oriente” es simultáneamente el espacio del sexo ilícito, así como el de los instintos animales suprimidos (167). De esta forma, las fotografías de los detenidos humillados, feminizados (frecuentemente desnudos o con ropa interior femenina en la cabeza) pueden ser contempladas en el marco de la tradición colonialista occidental, paralelas a las fotografías turísticas de un Oriente “exótico”, igualmente sexualizado, feminizado. Sorprendentemente,

no hay fotos de mujeres torturadas, lo cual, para Rajiva (2005) equivale a la construcción de un marco de interpretación que oculta la ocurrencia de violaciones y favorece la narrativa del gobierno norteamericano: que los responsables son unos pocos individuos que pueden además redimirse por su pertenencia a la clase baja (Ledford, 2006)¹¹⁴.

La humillación ritual de los prisioneros de Abu Ghraib tiene un elemento de obscenidad que algunos autores ven como un ejemplo de una estética voyerista extendida en Occidente: “...esta es la empresa de toda nuestra cultura, cuya condición natural es obscena: una cultura del mostrar, del demostrar, de la monstruosidad productiva” (Baudrillard, 1990, 35, traducción mía). Con ocasión de las fotografías de Abu Ghraib, Baudrillard retomará el tema de la obscenidad (en su sentido literal: obs – ocultar, *sceno* – escena) para calificarlas como un “no-evento” de banalidad obscena, la degradación de víctimas y perpetradores, un *reality show*, un simulacro desesperado de poder (2005, 23). Desde su punto de vista, los medios en las sociedades occidentales han destruido la distancia entre la imagen y el espectador (simbolizada por la escena) de forma que la reflexión sobre el significado cultural de las imágenes se dificulta, puede verse todo (como en la pornografía, de ahí el título del artículo de Baudrillard “Pornografía de la guerra”), pero lo que se ve ya no tiene relación con la realidad.

¹¹⁴ Desde luego, la clase baja blanca (llamada despectivamente *white trash*) tiene también potencial positivo. En este sentido, la construcción de Lyndie England y Jessica Lynch como “iguales opuestas” es reveladora: ambas son jóvenes blancas de clase baja de West Virginia, pero si Lyndie England (cuyo caso se discute más adelante) simboliza la desgracia nacional, Jessica Lynch será la víctima convertida en heroína (sobre Lynch, véase Takacs, 2005).

Para Slavoj Žižek, de otra parte, la humillación ritual de las torturas no se reduce a un caso de arrogancia norteamericana al imponerse por la fuerza en el “tercer mundo”, sino una verdadera *iniciación* en una cultura norteamericana irresistiblemente atraída por la violencia (Žižek, 2004, en línea). Aunque apunta correctamente a rituales ampliamente difundidos e incluso aceptados en la sociedad norteamericana, esta afirmación hace eco a posiciones conservadoras como la del comentarista político Rush Limbaugh, quien equiparó lo sucedido en Abu Ghraib con las iniciaciones de las fraternidades universitarias. El peligro radica en una generalización demasiado amplia de la “cultura norteamericana” que termina por desvanecer el contexto de la “guerra contra el terrorismo”, así como la responsabilidad de la administración Bush (Apel, 94).

El aspecto cultural, imbricado con asuntos de género, se evidencia en las fotografías donde aparecen mujeres como sujeto dominante¹¹⁵, particularmente aquellas donde apa-

rece Lynndie England¹¹⁶, figura emblemática de los ritos de “inversión de género” de los presos de Abu Ghraib. En estas escenas, los detenidos son sometidos y feminizados a través de la elaboración visual de la vulnerabilidad física *para y por* sus custodios (Feldman, 2004, 3). England, sin embargo, es un sujeto actuando en una organización, razón por la cual Cynthia Enloe asegura que no es posible entender las dimensiones de lo sucedido en Abu Ghraib sin explorar más a fondo la cultura del militarismo masculinizado, y más particularmente la “masculinización de las culturas organizacionales de los interrogadores militares”, y las nociones de masculinidad persistentes en todo el sistema político (Enloe, 2004, 100).

Un tercer aspecto digno de mención en las fotografías de Abu Ghraib es su similitud con la iconografía cristiana, representado principalmente por la fotografía del “hombre de la capucha”, un prisionero parado sobre una caja con los brazos abiertos y de cuyos dedos y pene cuelgan cables¹¹⁷. La capucha puntiagu-

¹¹⁵ Desde cierto punto de vista, la imagen de la mujer dominante es la de la victoria del discurso igualitario del feminismo liberal, pero representa igualmente las fallas de este mismo discurso para teorizar adecuadamente los vínculos entre poder y género por encima de posiciones esencialistas que le otorgan a la mujer una menor “predisposición” a la violencia y, en consecuencia, una posición moral superior (Puar, 2004, 528).

¹¹⁶ En una de éstas, England lleva de una correa a un iraquí desnudo que yace en el suelo, en otra, aparece de pie junto a un prisionero señalando sus genitales. En otra más aparece junto al soldado Charles Graner (sentenciado a diez años) haciendo la señal de “pulgares arriba” frente a una pirámide de prisioneros. Por su participación en estos hechos, England fue sentenciada a tres años en una prisión militar y se encuentra en libertad condicional hasta septiembre de 2008, cuando termina su sentencia. Otros militares de bajo rango y mandos medios han sido enjuiciados hasta ahora. El único oficial de alto rango enjuiciado es otra mujer, la brigadier general Janis Karpinski (oficial al mando de la 800 Brigada investigada en el Reporte Taguba).

¹¹⁷ Esta imagen en particular posee poder *icónico*, es capaz de condensar los eventos de Abu Ghraib, tal como la imagen de la niña desnuda que huye del napalm es capaz de representar a Vietnam, razón por la cual ha sido extensamente apropiada por activistas, artistas y otros individuos para ser reelaborada como mensaje en contra de la invasión en *graffitis*, afiches, fotomontajes, murales, obras de arte, etc. (ver Apel, 2005). No es coincidencia que las dos imágenes de Abu Ghraib analizadas aquí (Lynndie England y el “hombre de la capucha”) son las mismas que figuraron en murales de protesta en Teherán (Behrouz Mehril/AFP/Getty Images, 2004).

da evoca imágenes del Ku Klux Klan y de los linchamientos (Steele, 2006) – “América electrocutándose a sí misma” (Baudrillard, 2005, 25) mientras la postura, con los brazos abiertos evoca imágenes de la crucifixión. Mientras el primer aspecto atrajo considerable atención crítica, el segundo pasó inadvertido, en general, para los comentaristas norteamericanos¹¹⁸, aunque no para árabes e iraníes, conectando la imagen con el tema, y por supuesto, con la violencia gráfica de la película *The Passion of the Christ* (2004), estrenada el mismo año que se reveló el escándalo de Abu Ghraib (Caton, 120).

Aunque podría alegarse que las analogías entre el “hombre de la capucha” y la iconografía cristiana es puramente coincidental, es claro que hay una narrativa religiosa subyacente en la “guerra contra el terrorismo”. W.J.T. Mitchell (2006) observa, por ejemplo, que la “guerra contra el terrorismo” está codificada como una “cruzada” judeocristiana en contra de una religión “peligrosa”, solo que la víctima sacrificial no es ya judía, sino musulmana (22). Es posible que esta imagen derive su poder precisamente de las muchas ambigüedades que la circundan: de la convergencia de lo sagrado y lo secular en una guerra (santa) contra el terror; de la ambivalencia de la democracia ilustrada, católica, enfrentada a la “tiranía” islámica, de su gravitación entre el bien y el

mal, la soberanía y la abyección, el poder y la falta de poder (23).

LA DECAPITACIÓN DE NICHOLAS BERG (MAYO 2004)

Las acciones de los terroristas que ejecutaron a este hombre nos recuerdan la naturaleza de los pocos que quieren frenar el avance de la libertad en Iraq. Su intención es sacudir nuestra voluntad. Su intención es sacudir nuestra confianza. Sin embargo, sus acciones nos recuerdan cómo ciertas partes del mundo necesitan desesperadamente sociedades libres y sociedades pacíficas. Completaremos nuestra tarea (George W. Bush, mayo 12, 2004).

A partir de abril de 2004, otro tipo de imágenes comenzaron a circular por Internet: las decapitaciones de extranjeros secuestrados o vendidos a grupos afiliados con la insurgencia o con Al Qaeda. La primera de estas imágenes es, de hecho, anterior a la guerra: en 2002, el periodista Daniel Pearl, quien investigaba los supuestos vínculos entre Al Qaeda y los servicios secretos paquistaníes, fue secuestrado y asesinado en Karachi. El video de su decapitación, que apareció el 21 de febrero de 2002 y fue posteriormente puesto en la red, anticipa las dinámicas de las decapitaciones siguientes.

¹¹⁸ A excepción de Walter A. Davis (2005), para quien ambas series de imágenes son el resultado de la condición de la psiquis norteamericana, que deriva placer de imágenes de extrema crueldad y sufrimiento. En el caso del film, se trata de una experiencia emocional de la religión, en Abu Ghraib, la experiencia (también emocional) de atacar otra religión.

Dos años después, en 2004, Nicholas Berg, de 26 años, buscaba contratos en la reconstrucción de Iraq para la empresa familiar de comunicaciones, *Prometheus Methods Tower Service*¹¹⁹, cuando fue detenido por la policía iraquí en Mosul, bajo cuya custodia el FBI lo visitó en tres ocasiones¹²⁰. Berg fue liberado el 6 de abril y viajó a Bagdad, donde desapareció el 10 de abril. Su cuerpo decapitado sería encontrado el 8 de mayo, casi un mes tras su desaparición y apenas un par de semanas después de la edición de *Sixty Minutes II* revelando las imágenes de Abu Ghraib. El 11 de mayo el video de la decapitación (con el título “Abu Musa ‘b al-Zarqawi mata un infiel americano”) apareció en la página web del grupo Muntada al-Ansar, situado en Malasia, permitió que los medios de comunicación lo obtuvieran, y cerraron poco después¹²¹.

El video, que dura poco más de cinco minutos, muestra a Berg sentado en una silla plástica blanca (como las que aparecen en algunas fotografías de Abu Ghraib), vestido con

un traje naranja (similar a los que aparecen en las fotografías de los presos de Guantánamo y algunas de los de Abu Ghraib). Segundos después, aparece sentado en el suelo, con las manos atadas a la espalda, circundado por cinco captores encapuchados, uno de los cuales lee una declaración en la que se afirma que la muerte de Berg es una venganza por lo sucedido en Abu Ghraib. Una vez acabada de leer la declaración, el mismo hombre que la leyó saca un cuchillo de entre sus ropas mientras los demás se cierran en torno a Berg, y éste es colocado boca abajo en el suelo, la cabeza forzada hacia arriba en posición de ser decapitado. En la escena final, la cabeza de Berg es levantada en alto. Días después, BBC, CNN y otros medios de comunicación afirmaron que, según un informe de la CIA, el asesino de Berg era probablemente el terrorista jordano, vinculado a Al Qaeda Abu Musab al-Zarqawi (quien lee la declaración), así como que el propio Berg había estado bajo investigación por sus supuestos vínculos con el terrorista Zacarias Moussaoui¹²².

¹¹⁹ Tanto la compañía, como Michael Berg (padre de Nicholas Berg), aparecen en el listado de “Enemigos de Estado” del grupo conservador pro-guerra *Free Republic* (<http://www.freerepublic.com/focus/f-news/1092851/posts>), publicado el 20 de marzo de 2004.

¹²⁰ La familia Berg, que sostiene que Nicholas estuvo bajo custodia norteamericana los trece días (asunto que las autoridades niegan), introdujo una demanda en los EE.UU. para liberarlo el 5 de abril. Berg salió libre al día siguiente (Branigin, 2004, en línea).

¹²¹ El video, localizado en la dirección <http://www.al-ansar.biz>, fue obtenido por fuentes occidentales (Fox, CNN y BBC), pero no así Al Jazeera (Goldstein, 2004, en línea; Smallman 2004, en línea).

¹²² En 2002, el FBI investigó a Berg al hallarse la contraseña de su correo electrónico en posesión de Zacarias Moussaoui, detenido tras el S-11. Según el padre de Berg, Moussaoui y Berg se encontraron en un bus y Berg le permitió a Moussaoui usar su computador (CNN, 2004a, en línea).

Si bien la historia de Berg está llena de interrogantes, el video (supuesta evidencia de lo “real”) es casi igual de misterioso¹²³. Para empezar, presenta saltos de edición entre los cuales puede haber transcurrido el tiempo en varios puntos: entre el momento donde Berg está sentado en una silla y cuando aparece en el suelo y, de forma más crucial, los efectos de acercamiento y alejamiento del *zoom* en el punto cuando Berg es tirado al piso por sus captores para ser decapitado crean una escena confusa. Otro evidente salto en la edición se presenta en el momento cuando la cabeza de Berg es levantada: quien la sostiene no es el mismo hombre que lo decapitó (“al-Zarqawi”), sino el hombre a su izquierda (que aparece además desprovisto de las municiones que tenía al principio del video). La decapitación misma, de otra parte, sorprende tanto por la falta de resistencia de Berg, como por la ausencia casi total de sangre, lo que sugiere que éste podría estar ya muerto para cuando se filmó la secuencia de la decapitación. Mientras la decapitación está en curso (la cámara de video marca 13:46:18 y 13:46:26), es posible ver otra persona (que posiblemente sostiene otra cámara de video) vestida con una chaqueta similar a las que se pueden observar en fotografías de soldados norteamericanos.

En segundo lugar, el entorno donde se desarrollan los eventos registrados es similar a Abu Ghraib, así como la silla y el traje que viste Berg, lo que hace suponer que Berg podría estar detenido precisamente en Abu Ghraib, en poder de las autoridades norteamericanas y no de un grupo de terroristas. Una prueba de colores que contrasta un punto en techos y cielorrasos de ambos lugares empleando dos series de dos fotografías en formato JPG de cada lugar (y que no pretende en lo absoluto ser una prueba concluyente) arroja valores similares¹²⁴.

A estas inconsistencias se le pueden añadir muchas más señaladas en algunos medios de comunicación, así como en páginas web y *blogs*: los terroristas mantienen posturas militares (especialmente el de la extrema derecha), otro de ellos usa tenis blancos, “al-Zarqawi” parece no saber suficiente árabe y su lectura de la declaración es torpe y vacilante, mientras algunos señalan además que no tiene acento jordano. Otros se preguntan por qué al Zarqawi, siendo tan conocido, usa una máscara. Acerca de al Zarqawi, había noticias sobre su muerte en el bombardeo de Faluya antes de la decapitación de Berg, o al menos que había perdido

¹²³ El video empleado en este análisis es la versión de *The Memory Hole* (en línea).

¹²⁴ Se empleó el programa *Photoshop* y se determinó un punto (paredes o cielorrasos sin sombras obvias para medir los niveles de rojo, verde y azul (RGB) de dos fotografías de la prisión de Abu Ghraib contrastándolas con dos fotogramas de la decapitación de Nicholas Berg. Los valores de la primera serie son: R-155 G-127 B-80 (Abu Ghraib) y R-157 G-118 B-60 (Berg); para la segunda serie se obtuvieron: R-161 G-134 B-88 (Abu Ghraib) y R-169 G-146 B-71 Berg). La discrepancia en los resultados se relaciona con la cantidad de luz en cada escena. En el caso de las fotografías de Abu Ghraib, la iluminación proviene de flash, para el video de Nicholas Berg, de reflectores a lado y lado. La prueba fue realizada por el estudiante Fernando Llinás, asistente de investigación en este proyecto, con la asistencia técnica de la compañía GEZCO.

una pierna¹²⁵. Al parecer, los muchos espacios en blanco en este caso, han tratado de llenarse a partir de la acción de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, las cuales han permitido cambios en el contenido de los medios de comunicación y en las prácticas de recepción. El intento por arrojar luces o cuestionar versiones oficiales de acontecimientos tan oscuros como el que se discute aquí puede verse a la luz de los cambios en las prácticas de la ciudadanía (entendida ésta como vinculada a la formación de opinión pública), en las cuales las NIC son cruciales (Hermes, 2006). Esta esfera pública “en red”, construida a partir de relaciones que pueden abarcar desde grupos de amigos a comunidades enteras, juega un papel fundamental al moldear flujos de opinión (Beck et al., 2002).

En este caso en particular, las dudas sobre el video de Berg comentadas más arriba parecen haber fluido de los blogs y páginas web independientes hacia los medios de comunicación tras el impacto inicial del “evento mediático”, los cuales empezaron a apuntar a las inconsistencias y vacíos de información del caso Berg. El marco de interpretación inicial, sin embargo, fue el de una venganza brutal efectuada sobre un “inocente” por parte de terroristas islámicos por los eventos de Abu Ghraib. Estos, por su parte, se vieron desplazados en las primeras planas de los periódicos y en las noticias por el asesinato de Berg. Fotografías del padre de Berg, de los terroristas y de

la decapitación misma ocuparon las primeras planas de los periódicos norteamericanos (en ese orden). Fuera de los EE.UU., la imagen más difundida fue la del grupo de terroristas¹²⁶. En el mundo árabe, de otra parte, se rechazó el crimen y se insistió en un marco de interpretación muy diferente: que el asesinato de Berg, presentado en un crudo video, le permitía a los EE.UU. desviar la atención del escándalo de Abu Ghraib (Yehia, 2004, en línea). Más aun, el crimen descansa sobre las presunciones de fanatismo y salvajismo con las que se construyó narrativamente la figura del “terrorista islámico” y sobre la que descansa, al menos parcialmente, la “guerra contra el terrorismo”.

El uso de Internet, un instrumento eficiente para diseminar este tipo de acontecimiento, pretende emplear las nuevas configuraciones de la esfera pública para vehicular determinados intereses, pero como insiste Kellner, los resultados no pueden ser controlados siempre. Si bien la estrategia de los secuestros ha resultado eficiente en presionar el cumplimiento de demandas modestas (retiros de Iraq de compañías o pequeños contingentes, como el de Filipinas), crea también grupos de protesta en contra de la guerra (como en el caso del ciudadano coreano Kim Sun-il o el encabezado por Michael Berg). En otras ocasiones, sin embargo, puede profundizar el antagonismo de las partes mediante la repetición de imágenes fuera de contexto, interpretadas a partir de los marcos interpretativos

¹²⁵ Véase, por ejemplo: <http://www.prisonplanet.tv/articles/may2004/051104beheadsuscivilian.htm>; http://www.brushtail.com.au/nick_berg_hypothesis.html; <http://www.darkwingbird.com/>, entre muchos otros.

¹²⁶ Este análisis se basa en la versión en pdf de 186 primeras planas de periódicos estadounidenses y 125 periódicos “extranjeros” (aunque sin precisar su origen) (*News Designer*, 2004, en línea).

generales de la “guerra contra el terrorismo”, lo que termina por reiterar estereotipos como el del “salvajismo” islámico en detrimento de lecturas más profundas de los acontecimientos y su(s) significado(s).

En términos generales, la imagen de la violencia ejercida sobre el individuo causa mayor impacto emocional que la imagen de la muerte colectiva o que las estadísticas. De ahí que desde la guerra del Golfo de 1991 el control de la información se caracterizó por el énfasis en los aspectos tecnológicos por encima de los humanos, lo que condujo, en consecuencia, al ocultamiento de las víctimas (llamadas eufemísticamente “daño colateral”) y la construcción de una imagen de la guerra “sanitizada” (Cabrera, 2006-07). La propia muerte de norteamericanos se convierte en asunto estratégico también a partir de la guerra del Golfo, al prohibirse la reproducción de imágenes de los ataúdes bajo los criterios de la defensa de la privacidad de parientes y amigos y el “gusto” (Sontag, 2003, 81-82). La situación para los medios ingleses no es muy distinta, según el director de noticias de BBC, Richard Sambrook: “hay imágenes de británicos e iraníes que no mostraríamos bajo ninguna circunstancia, pero una vez se cruza el umbral hay que ser más sensibles con las bajas británicas” (citado en Petley, 2003, 74, traducción mía, énfasis mío). Ambas posiciones parecen confirmar la afirmación de Susan Sontag: “cuanto más remoto o exótico el lugar, más estamos expuestos a ver frontal y plenamente a los muertos y moribundos” (84).

El video de Berg, que relocaliza la condición de víctima (como las imágenes del S-11) en los EE.UU., es una instancia que re-

humanizan la guerra al mostrar al público el sufrimiento de un individuo. En el caso de las fotografías de Abu Ghraib, la condición de víctima es más bien colectiva (a pesar de algunas imágenes individuales sobresalientes), anónima (en contraste con la exposición mediática de la vida de Berg – su trabajo, su familia, sus creencias), pero ambas series de imágenes presentan la guerra como una empresa que produce víctimas iraquíes y norteamericanas, lo que crea una considerable distancia con la visión “sanitizada”, eficiente y tecnológica de una guerra con visos de “cruzada” en contra de la tiranía de Hussein.

EPÍLOGO: LA EJECUCIÓN DE SADDAM HUSSEIN (DICIEMBRE DE 2006)

En la era de la guerra teledirigida contra los incontables enemigos del poder estadounidense, las políticas sobre lo que público ha de ver y no ver todavía se están determinando. Los productores de noticiarios televisados y los directores gráficos de periódicos y revistas toman todos los días decisiones que fortalecen el vacilante consenso sobre los límites de lo que debe saber el público (Susan Sontag).

Destinada a simbolizar el fin de una era de horror, la ejecución de Saddam Hussein no logró, sin embargo, deshacer el halo de terror e inseguridad que envuelve a Iraq. La versión oficial de la ejecución habla de un acontecimiento solemne, con un Hussein sumiso, ejecutado con “miedo en su rostro” (CNN, 2007, en línea). La versión de Internet, tomada con una cámara de celular, de otra parte, resignifica el evento: el intercambio de insultos entre Hussein y los guardias revela más bien las divisiones

en la sociedad iraquí, el enfrentamiento entre adeptos y enemigos del régimen, así como la incapacidad de los invasores para generar acuerdos, o hacer “justicia”.

Si en los medios masivos de comunicación occidentales la interpretación sobre la muerte de Hussein empleó el marco de interpretación de la construcción de un “nuevo orden” para Iraq, la prensa árabe empleó el suyo: la ejecución de Hussein fortaleció las divisiones y debilitó más al país. La muerte del ex-dictador no solucionó problemas de fondo y en la memoria colectiva persisten los fantasmas de las torturas, las desapariciones forzosas y las ejecuciones extrajudiciales.

La ejecución de Hussein, con sus dos versiones, una oficial y una de celular, tomada subrepticamente para ser difundida después globalmente por Internet¹²⁷ es un buen ejemplo de este nuevo entorno comunicacional, donde la lucha por el significado se hace más abierta, se reclama mayor participación de las audiencias, donde el impacto de los espectáculos mediáticos es más impredecible.

En este sentido, este artículo exploraba el papel de imágenes significativas en el marco de la guerra de Iraq en reforzar o alterar radicalmente los marcos de interpretación empleados por los medios de comunicación. En el caso del evento mediático de la caída de Bagdad (abril de 2003), articulado por el derrumbe de la estatua de Hussein localizada en la plaza Firdos (9 de abril) y posteriormente por el discurso de Bush a bordo del USS *Lincoln* (1 de mayo), los marcos de interpretación de los medios de

comunicación occidentales produjeron un hecho positivo, inaugural de la era post-Hussein. Para los medios de comunicación del mundo árabe, la caída de Bagdad se presentó, de otra parte, como una humillación, hecho subrayado por los mensajes equívocos enviados por las tropas de la coalición. Adicionalmente, debido a la acción de algunos periodistas y *bloggers*, las imágenes espectaculares de este evento mediático perdieron poder al revelarse como operaciones de propaganda.

En el caso de Abu Ghraib (abril 2004), el marco de interpretación sugiere la responsabilidad de “unos pocos individuos” en el incidente, pero es claro que se trata de una práctica más extendida, justificada por medio del argumento de la excepcionalidad norteamericana, que permitiría el empleo de la tortura en contra de la legislación internacional de protección a los derechos humanos. Un análisis de las imágenes de Abu Ghraib amplía, sin embargo, el marco de interpretación más allá de la “guerra contra el terrorismo”, revelando vínculos con prácticas dentro del sistema penal, con la historia de violencia racial en los EE.UU. con percepciones orientalistas que se intersectan con perspectivas de raza, género y religión y como práctica de iniciación. Estas imágenes contribuyeron al cuestionamiento de las premisas de la “guerra contra el terrorismo” y han puesto de manifiesto las dinámicas de securitización, así como sus secuelas de violencia y exclusión globales.

En cuanto al video de la decapitación de Nicholas Berg (mayo 2004), su carácter

¹²⁷ La versión completa con subtítulos en inglés puede ser consultada en *Youtube*.

apócrifo ha sido ampliamente señalado en numerosas páginas web, *blogs* y algunos medios de comunicación, abriendo la posibilidad de que se trate de otra instancia de propaganda destinada a desviar la atención pública de los eventos de Abu Ghraib. En cualquier caso, el marco de interpretación descansa sobre la noción del peligro del fanatismo islámico. Sin embargo, la representación de violencia ejercida sobre individuos abre nuevas posibilidades de acción colectiva.

En suma, el papel de las imágenes es crucial en la comprensión de las dinámicas de la construcción de una guerra como la de Iraq, que en palabras de Richard Keeble es un evento “mítico” creado con ayuda de los medios de comunicación (en concordancia con la opinión de Baudrillard a propósito de la guerra del Golfo de 1991): no hay causas reales para la guerra, no hay batallas reales, no hay un enemigo poderoso, hay pocas bajas para las fuerzas invasoras, ningún héroe (a excepción de Jessica Lynch), ni tampoco un final. Como se ha propuesto a lo largo de este ensayo, existe la posibilidad que la comprensión del sentido de esas mismas imágenes también puedan contribuir a la producción de sentidos diversos en un punto en el que el “equilibrio del poder en el mundo de las imágenes está cambiando” (RETORT, 2006, 113).

BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, Theodor y Max Horkheimer. 1972 (1947). *Dialectic of Enlightenment*, New York, Herder and Herder.
- Agamben, Giorgio. (1998). *Homo Sacer: Sovereign Life and Bare Life*, Stanford, Stanford University Press.
- _____. (2005). *State of Exception*, Chicago, Chicago University Press.
- Air Force Doctrine Document 2-5.3 (1999). *Psychological Operations*, Secretary of the Air Force.
- Apel, Dora. (2005). “Torture Culture: Lynching Photographs and the Images of Abu Ghraib”, *Art Journal*, 64, 2, pp. 88-100.
- Ayish, Muhammad. (2001). “The Changing Face of Arab Communications”, en: Kai Hafez (ed.) *Mass Media, Politics and Society in the Middle East*, Cresskill, Hampton Press, pp. 111-136.
- _____. y Ali Qassim. (1996). “Direct Satellite Broadcasting in the Arab Gulf Region: Trends and Policies”, *International Communication Gazette*, 56, pp. 19-36.
- Bartlett, Frederic C. (1932). *Remembering: a Study in Experimental and Social Psychology*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Bateson, Gregory (1972) (1955). *Steps to an Ecology of Mind*, New York, Ballantine Books.
- Barber, Ryan y Tom Weir. (2002). “Vietnam to Desert Storm: Topics, Sources Change”, *Newspaper Research Journal*, 23, 3, pp. 88-98.
- Barker, Chris. (2000). *Cultural Studies: Theory and Practice*, London, Sage.
- Baudrillard, Jean. (2005). “Pornography of War”, *Cultural Politics*, 1, 1, pp. 23-26.
- _____. (2002). *The Spirit of Terrorism: and Requiem for the Twin Towers*, London, Verso.
- _____. (2001). “The Gulf War Did Not Take Place”, en: *Jean Baudrillard: Selected Writings*, Cambridge, Polity Press.
- _____. (1990). *Seduction*, Montreal, New World Perspectives.
- _____. (1978). *Cultura y simulacro*, Barcelona, Editorial Kairós.
- Beck, Paul Allen, Russell J. Dalton, Steven Greene y Robert T. Huckfeldt. (2002). “The social calculus of

- voting: interpersonal, media and organizational influences on Presidential choices”, *American Political Science Review*, 96, pp. 57-73.
- Benjamin, Walter. (1969). “The Work of Art in Mechanical Reproduction”, en *Illuminations*, New York, Schocken.
- Cabrera, Marta. (2006-07). “Medios de comunicación y medios visuales en los conflictos armados en la posguerra fría”, *OASIS*, pp. 119-140.
- Caton, Steven. (2006). “Coetzee, Agamben, and the Passion of Abu Ghraib”, *American Anthropologist*, 108, 1, pp. 114-123.
- Cottle, Simon. (2006). “Mediatized Rituals: Beyond Manufacturing Consent”, *Media, Culture & Society*, 20, 3, pp. 411-432.
- Cummings, Bruce. (1992). *The War and Television*, London, Verso.
- Davis, Walter A. (2005). “Passion of the Christ in Abu Ghraib: Toward a New Theory of Ideology”, *Socialism and Democracy*, 19, 1, pp. 67-93.
- Dayan, Daniel y Elihu Katz. (1992). *Media Events: the Live Broadcasting of History*, Cambridge, Harvard University Press.
- Debord, Guy. (1995) (1967). *La sociedad del espectáculo*, Buenos Aires, Biblioteca de la Mirada.
- Deibert, Ronald. (2000). “International Plug n Play: Citizen Activism, the Internet and Global Public Policy”, *International Studies Perspectives*, 1, 3, pp. 255-272.
- Departamento de Defensa, comunicado de prensa, vocero Lawrence Di Rita, No. 458-04, mayo 15 de 2004, disponible en: <http://www.defenselink.mil/releases/release.aspx?releaseid=7372> (Consultado 06/28/07).
- Enloe, Cynthia. (2004). “Wielding masculinity inside Abu Ghraib: making feminist sense of an American military scandal”, *Asian Journal of Women's Studies*, 10.3, pp. 89-102.
- Entman, Robert M. (2007). “Framing Bias: Media in the Distribution of Power”, *Journal of Communication*, 57, pp. 163-173.
- Feldman, Allen. (2004). “Abu Ghraib: ceremonies of nostalgia”, *Open Democracy*, pp. 1-3. Disponible en: www.openDemocracy.net (Consultado 06/27/07).
- Ferrer, Christian. (1995). “Prólogo: el mundo inmóvil”, en Debord, Guy, *La sociedad del espectáculo*, Buenos Aires, Biblioteca de la Mirada.
- Flint, Colin y Ghazi-Walid Falah. (2004). “How the United States justified its war on terrorism: prime morality and the construction of a ‘just war’”, *Third World Quarterly*, 25, 8, pp. 1379-1399.
- Gamson, William y Modigliani, Andre. (1987). “The changing culture of affirmative action”, en: R. A. Braumgart (ed). *Research in Political Sociology*, vol. 3, Greenwich, JAI, pp. 137-177.
- Ganley, Gladys. (1992). *The Exploding Power of Personal Media*, Norwood, Ablex.
- Giroux, Henry. (2004). “What might education mean after Abu Ghraib?”, *Comparative Studies of South Asia, Africa and the Middle East*, 24, 1, pp. 3-22.
- González, Laura. (2005). “Las imágenes de alta tecnología como práctica, ética y estética tecnorrómica”, en Fernando Aguayo y Lourdes Roca (coords.) *Imágenes e investigación social*, México D.F., Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- Gordon, Avery. (2006). “Abu Ghraib: imprisonment and the war on terror”, *Race & Class*, 48, pp. 42-59.
- Greenberg, Karen y Joshua Dratel (eds). (2005). *The Torture Papers: the Road to Abu Ghraib*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Gross, Kimberly y D'Ambrosio, Lisa. (2004). “Framing emotional response” *Political Psychology*, 25, 1, pp. 1-29.

- Hammond, Philip. (2003). "The media war on terrorism", *Journal for Crime, Conflict and the Media*, 1, 1, pp. 23-36.
- Henderson, Schuyler. (2005). "Disregarding the suffering of others: narrative, comedy, and torture", *Literature and Medicine*, 24, 2, pp. 181-208.
- Hermes, Joke. (2006). "Citizenship in the age of the Internet", *European Journal of Communication*, 21, pp. 295-309.
- Hoskins, Andrew. (2004). *Televising War: From Vietnam to Iraq*, London and New York, Continuum.
- Human Rights Watch. (2004). *Road to Abu Ghraib*, New York.
- Iyengar, Shanto y Simon, Adam. (1993). "News coverage of the Gulf Crisis and public opinion—a study of agenda-setting, priming and framing", *Communication Research*, 20, pp. 365-383.
- Jones, Anthony, Lt-Gen y Gen, George Fay. (2004). "Executive Summary. Investigation of Intelligence Activities at Abu Ghraib", AR 15-6 Investigation of the Abu Ghraib Prison and 205th Military Intelligence Brigade. (Reporte Jones/Fay).
- Katz, Elihu y Tamar Liebes. (2007). "No More Peace!: How Disaster, Terror and War Have Upstaged Media Events". *International Journal of Communication*, 1, pp. 157-166.
- Kellner, Douglas. (2004). "Media Propaganda and Spectacle in the War on Iraq: A Critique of U.S. Broadcasting Networks", *Cultural Studies - Critical Methodologies*, 4, 3, pp. 329-338.
- Kim, Sei Hill; Scheufele, Dietram y Shanahan, James. (2002). "Think about it this way: attribute agenda-setting function of the press and the public's evaluation of a local issue", *Journalism & Mass Communication Quarterly*, 79, 1, pp. 7-25.
- Kinder, Donald. (2007). "Curmudgeonly advice", *Journal of Communication*, 57, pp. 155-162.
- Ledford, Katherine. (2006). "Hillbilly kids out of control: Abu Ghraib and transnational class identities", presentación, *American Studies Association*, octubre 12.
- Li, Xigen, Laura F. Lindsay, y Kirsten Mogensen. (2002). "Media in a crisis situation involving national interest: a content analysis of the TV networks coverage of the 9/11 incident during the first eight hours", *Association for Education in Journalism and Mass Communication*, Miami Beach.
- Mermin, Jonathan. (1999). *Debating War and Peace – Media Coverage of US Intervention in the post-Vietnam Era*, Princeton, Princeton University Press.
- Mitchell, W.J.T. (2006). "Sacred gestures: images from our holy war", *Afterimage*, 34, 3, pp. 18 – 23.
- Mirzoeff, Nicholas. (2005). *Watching Babylon: the War in Iraq and Global Visual Culture*, New York, Routledge.
- Morrison, David. (1992). *Television and the Gulf War*, London, John Libbey.
- Petley, Julian. (2003). "War without death: responses to distant suffering", *Journal for Crime, Conflict and the Media*, 1, 1, pp. 72-85.
- Price, Vicent; Tewksbuty, David y Powers, Elizabeth. (1997). "Switching trains of thought: the impact of news frames on readers' cognitive responses", *Communication Research*, 24, pp. 481-506.
- Puar, Jasbir K. (2004). "Abu Ghraib: arguing against exceptionalism", *Feminist Studies*, 30, 2, pp. 522-534.
- Ravi, Narasimhan. (2005). "Looking beyond flawed journalism. How national interests, patriotism, and cultural values shaped the coverage of the Iraq war", *Press/Politics*, 10, pp. 45-62.
- RETORT 2006. "Sin novedad en el frente oriental", *New Left Review*, 41, nov.-dic., pp. 113-117.

- _____. (2004). "Afflicted powers. The State, spectacle and 9 – 11", *New Left Review*, 27, May June, pp. 5 – 21.
- Rudy, Sayres, S. (2007). "Pros and Cons: Americanism against Islamism in the 'War on the Terror'", *The Muslim World*, 97, 1, pp. 33-78.
- Said, Edward 1994. (1978). *Orientalism*, New York, Vintage Books.
- Seib, Philip. (1997). *Headline Diplomacy—How News Coverage Affects Foreign Policy*, Westport, Praeger.
- Scannell, Paddy. (1996). *Radio, Television and Modern Life*, Cambridge, Blackwell.
- Schlesinger, James. (2004). *Final Report of the Independent Panel to Review Department of Defense Detention Operations*, Arlington. (Reporte Schlesinger).
- Steele, Warren. (2006). "Strange fruit: American culture and the remaking of iraqi males at Abu Ghraib", *Nebula* 3.4, pp. 62-74.
- Stevenson, Robert L. (1994). *Global Communication in the Twenty-First Century*. New York, Longman.
- Strange, Carolyn. (2006). "The Shock of Torture: a Historiographical Challenge", *History Workshop Journal*, 61, pp. 135-152.
- Strauss, Marcy. (2004). "Lessons of Abu Ghraib", *Legal Studies Paper* No. 2004-18, Loyola Law School.
- Sontag, Susan. (2003). *Ante el dolor de los demás*, Bogotá, Alfaguara.
- Takacs, Stacy. (2005). "Jessica Lynch and the regeneration of American identity and power post-9/11", *Feminist Media Studies*, 5, 3, pp. 297-310.
- Taylor, Philip M. (2001). "Propaganda and Information Operations", *Taiwan Defense Affairs*, 2, 1, pp. 80-107.
- _____. (1998). *War and the Media: Propaganda and Persuasion in the Gulf War*, Manchester University Press.
- Tuch, Hans N. (1990). *Communicating With the World: US Public Diplomacy Overseas*, New York, St. Martin's.
- Rajiva, Lila. (2005). *The Language of Empire: Abu Ghraib and the American Media*, New York, Monthly Review Press.
- Reporte Taguba* (Article 15-6 Investigation of the 800th Military Police Brigade) 2004.
- Rothkopf, David. (1999). "The Disinformation Age", *Foreign Policy*, 114, pp. 82-96.
- Van Gorp, Baldwin. (2007). "The constructionist approach to framing: bringing culture back in", *Journal of Communication*, 57, pp. 60-78.
- Volkmer, Ingrid. (1999). *News in the Global Sphere*, Luton, University of Luton Press.
- Volpp, Leti. (2003). "The citizen and the terrorist", Mary L. Dudziak (ed.) *September 11 in History: a Watershed Moment?* Durham, Duke University Press, pp. 147-162.
- Wang, Jang y Chang Tsan-Kuo. (2004). "Strategic public diplomacy and local press: How a high profile 'head-of-state' visit was covered in America's heartland", *Public Relations Review*, 30, pp. 11-24.
- Whitmer, Benjamin. (2006). "Torture Chambers and Rape Rooms": What Abu Ghraib Can Tell Us about the American Carceral System CR: *The New Centennial Review*, 6, 1, pp. 171-194.
- Wolf, Michael. (1999). *Entertainment Economy: How Mega-Media Forces are Transforming Our Lives*, New York, Times Books.
- Zayani, Mohamed y Muhammad Ayish. (2006). "Arab satellite television and crisis reporting: covering the fall of Baghdad", *International Communication Gazette*, 68, pp. 473-497.

Artículos periodísticos y videos disponibles en Internet

- “Abu Ghraib: the sequel”, Dateline, disponible en: <http://news.sbs.com.au/dateline/index.php?page=archive&daysum=2006-02-15> (Consultado 06/28/07).
- “Berg’s encounter with ‘terrorist’ revealed”, CNN. (2004a) disponible en: <http://www.cnn.com/2004/US/Northeast/05/13/berg.encounter> (Consultado 02/07/07).
- Branigin, William. (2004). “U.S. Denies Berg Family Claims”, Washington Post, disponible en: <http://www.washingtonpost.com/wp-dyn/articles/A21300-2004May12.html> (Consultado 06/28/07).
- “Doctored Photo from the London Evening Standard”, The Memory Hole, disponible en: <http://www.thememoryhole.org/media/evening-standard-crowd.htm> (Consultado 06/26/07).
- Goldstein, Ritt. (2004). “Berg beheading: No way, say medical experts”, *Asia Times*, disponible en: http://www.atimes.com/atimes/Middle_East/FE22Ak03.htm (Consultado 07/01/07).
- “GOP senator labels abused prisoners ‘terrorists’”, CNN. (2004), disponible en: <http://www.cnn.com/2004/ALLPOLITICS/05/11/inhofe.abuse> (Consultado 06/27/07).
- Hersh, Seymour. (2004). “Torture at Abu Ghraib”, *New Yorker*, disponible en: http://www.newyorker.com/archive/2004/05/10/040510fa_fact (Consultado 06/27/07).
- _____. (2004a). “The Grey Zone”, *New Yorker*, disponible en: http://www.newyorker.com/archive/2004/05/24/040524fa_fact (Consultado 06/27/07).
- “Hussein executed with ‘fear in his face’”, CNN 2007, disponible en: <http://www.cnn.com/2006/WORLD/meast/12/29/hussein/index.html> (Consultado 25/06/07).
- “Nick Berg Execution Coverage” 2004, News Designer, disponible en: <http://www.newsdesigner.com/archives/001897.php> (Consultado 06/28/07).
- “Saddam Hussein Hanging with English Subtitles”, Youtube, disponible en: <http://youtube.com/watch?v=Wmrwpk7Gi4Y> (Consultado 02/07/07).
- Smallman, Lawrence. (2004). “Bloggers doubt Berg execution video” Al Jazeera, disponible en: <http://english.aljazeera.net/English/archive/archive?ArchiveId=371> (Consultado 02/07/07).
- “Video of American Contractor Being Decapitated in Iraq”, *The Memory Hole*, disponible en: http://www.thememoryhole.org/war/decapitation_video.htm (Consultado 01/07/07).
- Yehia, Ranwa. (2004). “Arab Media Accuse US of Exploiting Berg Murder”, Arab News, disponible en: <http://www.arabnews.com/age=4§ion=0&article=44898&cd=14&m=5&cy=2004> (Consultado 06/27/07).
- Zizek, Slavoj. (2004). “What Rumsfeld doesn’t know: that he knows about Abu Ghraib”, In *These Times*, disponible en: http://www.inthesetimes.com/site/main/article/what_rumsfeld_doesnt_know_that_he_knows_about_abu_ghraib (Consultado 06/27/07).

Cabrera, Martha.

“Guerra de imágenes, imágenes de guerra: cuatro eventos mediáticos de la guerra de Iraq”, en *Oasis 2007 - 2008*, núm. 13, Centro de Investigaciones y Proyectos Especiales, CIPE, Facultad de Finanzas, Gobierno y Relaciones Internacionales, Universidad Externado de Colombia, pp. 61-88.